

## EL ATRIO DE SAN JACINTO

Y dijera: me engaño, ya estuve aquí y di con nada nuevo,  
con lo mismo, un cielo abierto que posterga la revelación;  
y supiera, es una nuez encarcelada la cabeza,  
casi impermeable y qué difícil se nos va a poner si no se abre;  
y debe haber un vidrio roto en todo esto:  
uno ve, corre pero, aunque la machaque, no alcanza  
a tocar tanta bondad y tan lejana.

Suplanta la ternura, haz que viren  
en el aire, —y míralas— las borlas  
que va colgando Dios en el vacío:  
nubes de blanco y fofo sobre azul,  
con el tachón de un fresno y una buganvilia,  
cargados contra el muro de la nave.

Todo en el atrio es ignorarte,  
suplirte con la vida más perfecta,  
de suyo ingrata: plantas, tierra, aire  
y la bóveda enorme que lo cubre.

Mira la vida y hiérela, sacúdele  
la rama al fresno, tírale unas cuantas hojas,  
deshójjale un manojo, arrójjalo a las piedras;  
mira la basura de lo creado, no lo hechizo,  
cómo salpica el verde en las baldosas,  
ese rojo imposible sobre el lodo  
o esparce el polvo en los haces de luz,  
genera maravillas diminutas

y todo juega al embalaje caprichoso de lo vivo.  
Y dijera colores: bronce de campana, verde seco  
de hoja seca, verde firme aún, ceniza  
del cielo y cieno negro o limo en breves trechos;  
imposible buganvilia esparcida por el atrio y en las piedras  
y lloviera algo dorado y se mancharan  
las paredes y brillaran y el milagro.